

do lo que sabia de memoria del Oficio Divino y otros salmos y devociones.

Y no contentándose aquellas fieras más que hombres, de tener al santo confesor tanto tiempo desnudo de vestido, le vistieron muchas veces de crueles azotes, acardenándole y rasgándole las espaldas con desapiadados golpes; pero mucho más gravemente le herian sus oídos que sus carnes, diciéndole mil injurias contra Jesucristo, exhortándole á que renegase de su Redentor, y siguiese la ley de su maldito Mahoma, haciéndole grandes promesas, si quería hacerse de su secta.

Reíase de todo el esforzado mártir, ni rehusaba padecer tormento del mundo por alcanzar á Jesucristo, como decia S. Ignacio mártir.

Como vieron los moros que perdían tiempo, y que le iba faltando el de su vida al santo Mártir, porque estaba tan exhausto y flaco, de la falta de comida y sobra de azotes, que parecia queria espirar, porque era increíble la hambre que habia padecido; determinaron que acabase ántes á sus manos que á las de flaqueza y hambre, juzgando que con esto cumplirían lo que les encargó el príncipe de Ternate que le guardasen bien.

Cometen el sacrificio de esta víctima preciosa y agradable para los cielos á dos verdugos, los cuales arrebataron del siervo de Dios, y le llevaron por peñas y riscos, que habia por la costa del mar, para acabar de matarle donde mejor les pareciese.

Fué gran prodigio cuán contento iba el siervo de Dios á la muerte, no sólo sin quejarse, como la oveja que llevan al matadero, pero muy regocijado, dando saltos de placer, traspasando montes y saltando valles. En la figura exterior estaba el siervo de Dios hecho un cadáver. Juzgáranle todos por difunto si no fuera por su apresurado paso y movimiento. Estaba todo consumido y pálido; no tenia ni en sus carnes vestidos ni en sus huesos carne; la piel sola los cubria. Pero juntamente con esta flaqueza, le daba tanta fuerza su espíritu, que se tuvo por milagro; porque iba al sacrificio con tan extraña ligereza que parecia corzo, saltando barrancos y trepando por aquellas breñas. Parecia que quantas fuerzas le habian de haber quitado la hambre, los golpes, la desnudez y los azotes fieros, tantas le habian añadido. No estaba en él solamente el espíritu pronto, pero la misma carne, y, como dijo David, los mismos huesos, que era lo que más tenia, se regocijaban en su Dios vivo, porque presto habian de morir por Él.

Iba á la muerte con tanto gusto y priesa, como un hambriento y destemplado á un regalado convite.

Con este deseo del martirio, pidió á un verdugo le mostrase el alfanje con que le habia de matar, y abrir puerta á su alma para volar al cielo: mostrósele el sayon; miróle el siervo de Dios muy despacio, ofreciendo á Cristo mil

vidas que tuviera. Dijo luégo al verdugo que le aguzara muy bien, para que más presto le acabase esta vida temporal, y entrase en la profesion de la eterna.

Tenia tanto deseo y hambre del martirio, que cada punto que se dilatava le parecia un siglo. Iba mostrando á los verdugos los lugares que serian á propósito, diciéndoles á trechos: «*Ea, esto está bueno, aquí podreis hacer vuestro oficio;*» y no queriendo ellos, de allí á poco se paraba, y les mostraba otro lugar que podian escoger, repitiendo que no tenian que aguardar más, ni que buscar mejor cadalso.

Últimamente llegó á un lugar donde habia un llano debajo de una roca medio comida de las aguas, y habia un tronco de árbol, que le batian las ondas. En viendo este sitio el santo Mártir dijo á los verdugos: «*¿Ea, no os parece bueno este lugar?*» Y como respondiesen que sí, pidióles que le soltasen un poco las ataduras de las manos, las cuales llevaba atadas por las espaldas. No querian los impíos hombres; pero el valeroso caballero de Cristo, con gran majestad y afabilidad por otra parte, les dijo como mandándoles: «*Ea, hacedlo luégo, desatadme: ¿por ventura os recelais que tengo de huirme? No teneis que temer esto.*» Dijoles estas palabras con rostro tan contento y afable, con la boca de risa, con los ojos alegres y con un pecho tan esforzado, que rindió la dureza de aquellas fieras.

En desatándole, se arrodilló en tierra, y, levantando las manos y los ojos al cielo, y mucho más su espíritu, se estuvo orando con un semblante muy sereno y devoto. Acabada la oracion, se tendió en aquel tronco por sí mismo, y dijo á los sayones: «*Ejecutad ya en mí cuanto quisiéredes.*»

Habian concurrido á aquel espectáculo quantos pescadores habia en la costa, para que no sólo lo fuese á los ángeles, sino tambien á los hombres, que estaban atónitos de ver la seguridad y contento del P. Alonso.

Luégo que se puso aquella sagrada víctima á punto para el sacrificio, uno de los sayones le atravesó por las costillas: dióle segunda herida el otro, con que le sacó del cuerpo el alma, que recibieron los ángeles. Y porque en todo imitase á Cristo, que áun despues de muerto le atravesaron el costado, otra tercer herida recibió el santo cadáver, al cual dieron por sepultura el mar, para que le consagrarse el Mártir con sus preciosas reliquias.

Pero aquel Señor, que confiesa delante de su Padre y de los ángeles á quien le confesare delante de los hombres, y galardona con eternos premios una muerte temporal; no sólo delante de los ángeles, sino tambien delante de los hombres quiso confesar por Mártir suyo y premiar á este santísimo Padre: y así, al tercer dia despues de muerto, fué hallado su cuerpo en el mismo lugar del martirio, puesto allí por mano de los ángeles. Todo él echaba